

La izquierda en Chile: la edad del desasosiego

The left in Chile: the age of anxiety

JUAN GABRIEL VALDÉS

Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Princeton y exministro de Relaciones Exteriores

Recibido: 25/10/08

Aprobado: 27/11/08

RESUMEN

Las dos décadas que han seguido a la recuperación de la democracia en Chile han sido las de mayor crecimiento y cambio social en la historia del país. Sin embargo la sociedad chilena sigue siendo profundamente desigual, se ha hecho también más individualista y la lógica del mercado parece haber sido absorbida ideológicamente por los chilenos. Hoy la demanda de la sociedad no es el comienzo del proceso democrático sino el acceso igualitario a los servicios y a la economía, esto es, el tema de la equidad, y esto implica una demanda de calidad.

En este artículo se analiza la evolución y situación actual de la izquierda chilena, particularmente la izquierda de la Concertación, y los desafíos que deberá enfrentar en el período próximo.

Palabras clave: izquierda, Concertación, Partido Socialista Chileno, democracia.

ABSTRACT

In the last two decades Chile has experienced the greatest economic growth and social change in the country's history. But Chilean society remains deeply unequal, it has become more individualistic and market logic seems to have been ideologically absorbed by the Chileans. At present the demand of society is not the beginning of the democratic process but equal access to services and the economy—the issue of equity—and it implies a demand for «quality».

This article examines the evolution and actual situation of the Chilean left, particularly the center-left coalition (the *Concertación*), and the challenges that it will have to face in the coming years.

Key words: left, *Concertacion*, Chilean Socialist Party, democracy.

«En el paseo Ahumada, hace diez días, en medio del gentío, un desconocido me detiene y me estrecha la mano: ¡«Se necesita más democracia, más democracia señor! dice agitado. Soy socialista de toda la vida y era suboficial del ejército durante la dictadura. Fui torturado durante meses y ahora gano solo cien mil pesos. Mis torturadores andan por la calle y ganan más de un millón. ¡Más democracia! ¡Más democracia por favor! ¡Luchemos por eso señor!».

I. LA IZQUIERDA Y LA OBRA DE LA CONCERTACIÓN

Al cumplirse veinte años del histórico plebiscito en que las fuerzas democráticas chilenas derrotaron la dictadura de Augusto Pinochet y dieciocho desde que un Presidente democrático ingresara nuevamente al Palacio de la Moneda, la Concertación de Partidos por la Democracia conducida por demócratas, socialistas, demócratas y radicales puede afirmar no solo que ha sido la coalición política más exitosa de la historia de Chile, sino que durante sus cuatro mandatos presidenciales ha cambiado profundamente al país. Desde 1989 hasta ahora, en Chile han habido 13 elecciones nacionales: 4 elecciones presidenciales, 5 parlamentarias, y 4 municipales. La Concertación las ha ganado todas. Durante las presidencias de Aylwin, Frei, Lagos y Bachelet, la economía del país ha crecido sostenidamente, las instituciones se han consolidado, la pobreza se ha reducido y la modernidad parece haberse asentado. Chile es el único país de la región que puede vislumbrar en su futuro el estado de desarrollo de los países del sur de Europa.

Desde esa misma época, el Partido Socialista y el Partido Comunista han partido aguas dejando atrás la histórica coalición que respaldó a Salvador Allende. Opuesto a la participación en el plebiscito y enredado en el apoyo a una agónica lucha armada, el Partido Comunista enfrentó luego el fin de la Unión Soviética con extrema debilidad. En los años que han seguido al retorno de la democracia, su asociación con pequeños grupos humanistas y del antiguo MIR, le ha permitido alcanzar cifras electorales no desdeñables, cercanas al cinco por ciento, las que sin embargo no le permiten superar las barreras que establece el denominado sistema electoral binominal y le privan de lograr una mínima representación en el Congreso¹. Por estas razones, para todos los efectos políticos —si bien no necesariamente para los ideológicos— durante los años de la democracia, «la izquierda» ha sido el «centro izquierda» —la izquierda de la Concertación—, más precisamente el Partido Socialista y un sector del Partido por la Democracia. Algo que sin embargo, como veremos más adelante, podría estar comenzando a cambiar: el éxito indudable del proceso no ha excluido las críticas, y estas podrían ahora comenzar a diversificar el paisaje político de la izquierda.

Para muchos militantes y electores de la Concertación, incluidos muchos dirigentes del Partido Socialista, el proceso político de la transición y los cambios económicos y sociales de estos veinte años, han tenido una lectura ambivalente. Su estado de ánimo ha reflejado —dependiendo del momento—, una oscilación entre la satisfacción o directamente el orgullo por lo que ha sido logrado, y un estado de desasosiego ante lo que

han sido vistas como limitaciones, desviaciones o negaciones de las orientaciones progresistas que la Concertación representa. Durante los primeros gobiernos de Aylwin y Frei el tema de la justicia en materias de Derechos Humanos ocupó una parte muy fundamental de la crítica de izquierda. Hoy, tras el cuarto gobierno de la coalición, ese tema parece ya en el pasado. La cuestión principal es la de la igualdad, la equidad, la calidad de los servicios públicos, las expectativas de cambio en la calidad de vida. En un terreno más político, algunos sienten que el desorden en los partidos augura el fin de un ciclo histórico, algo que obliga a un giro copernicano en ideas y organización; otros expresan su frustración ante una estructura social resistente e injusta, una desigualdad que sienten no ha sido realmente enfrentada; o manifiestan su malestar ante una sociedad en la que la cultura individualista debilita o limita los procesos de democratización. A esto se agrega, a menudo por sobre todo lo demás, una sincera irritación ante las formas tribales, mediáticas o faranduleras que caracterizan una política cada día más lejana de los ciudadanos, y unos partidos y coaliciones que parecen haber perdido su capacidad de movilizarse.

Sin embargo, ninguna de estas críticas, frecuentes como han sido, ha logrado llevar la sangre al río. Porque si ha habido divisiones partidarias, tales como las ocurridas en el Partido por la Democracia y el Demócrata Cristiano, ellas han sido por enfrentamientos de poder y pequeños caudillismos, en ningún caso por disputas ideológicas. La Concertación como conglomerado, y el Partido Socialista, teóricamente el más afectado por el

desasosiego, han logrado mantener su unidad interna sin mayores sobresaltos: el malestar no ha logrado traducirse en proyecto político alternativo. Sin embargo, el problema está allí y comienza a distinguir una «izquierda», un espacio minoritario y bastante desintegrado que incluye un pequeño grupo de dirigentes y militantes socialistas, grupos universitarios, dirigentes sindicales comunistas, organizaciones no gubernamentales verdes o humanistas que denuncia la sociedad surgida en estos años, de un «centro izquierda», un mundo más estructurado políticamente, expresado en el gobierno y el parlamento, que con todas sus críticas y exigencias de revisión, mantiene invariable su adhesión al proyecto político de la Concertación. Mientras la crítica del primer grupo denuncia el manejo económico —identificado como neoliberal— y repudia las consecuencias sociales, medioambientales y culturales que esta orientación económica conlleva, el otro enfatiza la crítica política a las formas de organización y acción partidarias, denuncia el sistema electoral y afirma que se requiere un liderato capaz de ordenar y volver a dotar de propósito una coalición que se reconoce como cansada. Afirma, en definitiva, utilizando aquella expresión que los demócratas norteamericanos hicieron popular en los noventa, que «es la política, estúpido».

Estas diferencias no deben ser extremadas, ya que ellas coexisten en muchos casos en discursos complejos. Es posible sin embargo que ellas tiendan a adquirir hoy, con la crisis financiera mundial, un perfil más nítido y pronunciado. Mientras la clase política, —gobierno, tecnocracia, partidos y medios de comunicación— ha adjudicado casi sin varia-

ciones la anunciada «resistencia» de la economía chilena a la crisis mundial al «manejo prudente» —léase extremadamente conservador— de la economía, y son varios los dirigentes del mundo socialista, muy especialmente Ricardo Lagos, que subrayan que mientras el camino económico seguido ha sido correcto, ha sido la política la que está conduciendo el proyecto de la Concertación a su crisis, aquellos sectores de izquierda que se adscriben a una «crítica global», anuncian un escenario que prevén lleno de movilizaciones sociales y protestas frente a una sociedad que, ante la crisis, mostrará los límites del «modelo de desarrollo neoliberal».

No es posible desconocer que el vigor de la Concertación y de su capacidad de imponerse a cualquier crítica interna deriva de su función de gobierno. Tanto la izquierda «renovada», como aquella acusada de no serlo tanto, —juntas en el gobierno desde 1990—, han demostrado una cultura de la responsabilidad, una capacidad para hacerse del Estado, y —por más de una década—, una sorprendente disciplina en las tareas de gobierno. Allí ha estado su capital. El Partido Socialista ha gobernado en el sentido más pleno de la palabra, y sus hombres y mujeres de estado han mostrado una comprensión de la necesidad de avanzar persistente y disciplinadamente en un proyecto de desarrollo conducido dentro de los márgenes de lo posible. Pero aquí está precisamente el elemento que ha permitido controlar la crítica en el marco de lo privado o de lo marginal. Una crítica mayor incurría necesariamente en el riesgo de quedar «fuera». La indisciplina ideológica se permite solo hasta el punto en que no amenaza la necesaria coherencia de la tarea gubernamental.

Por esa razón, a pesar de que han sido muchos los que han señalado que el *trasvasije* permanente de dirigentes y energías al gobierno ha conducido a extraviar progresivamente una «visión» o mirada «identitaria» sobre el desarrollo de la sociedad, que no se restrinja a la memoria de la lucha democrática, son pocos los que han optado por dejar el gobierno para adherir a dicha propuesta. Solo quienes han estado «fuera» —ex ministros, ex dirigentes— han denunciado la progresiva deriva del socialismo chileno hacia un manejo político rutinario, olvidando su necesaria vinculación a la vida cotidiana de la sociedad, sus formas organizativas y sus conflictos (a los «murmullos de la calle» en la expresión de Eduardo Rojas citando a Norbert Lechner), una contemplación fútil o meramente administrativa de las cosas del estado. Y cuando los parlamentarios de izquierda, acosados por la impaciencia han buscado diferenciarse, han producido discursos ideológicos inmatereales, o han derivado en comportamientos vedetistas, descritos por la prensa como «díscolos», que el gobierno y la mayoría de la Concertación parecen percibir simplemente como prácticas archiconocidas de oportunismo.

Estas razones explican que a pesar del carácter central que ha tenido en el gobierno, el Partido Socialista no haya crecido electoralmente en el poder. Tampoco ha democratizado la institucionalidad partidaria, no se ha renovado generacionalmente ni ha producido nuevas ideas inspiradoras de cambio. Está convencido que ama su obra, pero más que analizarla o criticarla ha decidido seguir adelante, postergando el dilema entre continuar impulsando el camino conocido, o innovar con audacia en una dirección menos consen-

sual, pero más orientada por los valores de sus tradiciones ideológicas. Solo intuye hoy, que entregarle el gobierno a la derecha en la próxima elección presidencial, dejaría trunca su obra de reconstrucción social y política del país, y basa en aquella aprehensión, la esperanza en un renacer del ímpetu perdido. Es sin embargo precisamente ese temor a perder, jamás tan vivo como ahora, que lleva a muchos militantes y dirigentes socialistas a insinuar casi en sordina que la disciplina ideológica que inspiró el gobierno no valdría ya más tras una derrota y frente a un gobierno de derecha. Es posible que los comportamientos tolerados a un Ministro de Hacienda de la Concertación no serían jamás aceptables en un Ministro de Hacienda de la Alianza por Chile, a un economista de los herederos de Pinochet.

2. EL PAÍS DE LA SATISFACCIÓN Y EL DESASOSIEGO

En verdad para muchos chilenos miembros progresistas de la Concertación, militantes del Partido Socialista o del Partido por la Democracia, los motivos de orgullo ante la tarea realizada parecen plenamente justificados. Las dos décadas que han seguido a la recuperación de la democracia en Chile han sido las de mayor crecimiento y cambio social en la historia del país. La economía chilena ha sido la única de toda América Latina que ha acortado en términos absolutos su distancia con la economía de los Estados Unidos, lo que se ha traducido en un período de bonanza que no conoce igual en los doscientos años de vida independiente. En su conjunto la sociedad es hoy más rica y más educada: el 80% de los alumnos de educación

superior viene de familias que no habían llegado antes a ese nivel, lo que habla por sí solo de la magnitud del cambio social efectuado en la educación. La tasa de propietarios de su vivienda alcanza a 72%: las casas son pequeñas pero son propias, y se han llenado progresivamente de bienes de equipamiento. La infraestructura del país se ha desarrollado de manera espectacular; los servicios se han modernizado: Chile mantiene niveles de transparencia y eficacia estatal que son comparables con los de los países más avanzados. La pobreza ha disminuido de manera significativa a más de la mitad de lo que era al momento del retorno de la democracia. Durante el año pasado y de acuerdo a las cifras oficiales, la pobreza se redujo de manera espectacular, del 18,7% al 13,7% de la población. Una mayoría comienza a definirse como de clase media, y la gente siente haber progresado de manera muy importante respecto de sus padres. Algunas encuestas indican que el optimismo individual se proyecta hacia el futuro: la gente piensa que sus hijos lo harán aún mejor. El país se ha hecho más liberal, para algunos demasiado: Disminuye el número de nacimientos y el 67% de estos se registran fuera del matrimonio. Y el ritmo de incorporación de la mujer al mercado laboral, y no solo en empleos marginales sino también en los sofisticados, es ya mayor que el de los hombres.

Sin embargo, son precisamente estas inmensas transformaciones experimentadas por la sociedad chilena, las que ponen en evidencia también razones para tomar distancia. Esta sigue siendo profundamente desigual. No ha habido cambios en la distribución del ingreso, salvo en que los mas

pobres son bastante menos pobres y los ricos mucho más ricos. El 98% de los chilenos y el 90% de los santiaguinos tienen un ingreso mensual menor de 900.000 pesos, algo equivalente, aproximadamente a 1.800 dólares mensuales. Declararse de clase media es a menudo solo una aspiración y allí está precisamente el umbral del desasosiego. La sociedad se ha hecho también más individualista y la lógica del mercado parece haber sido absorbida ideológicamente por los chilenos. El sentido de comunidad ha retrocedido y en muchas partes como la capital, se ha desvanecido. Como resultado existe un malestar social que delata el desaparecimiento de aquellos lazos sociales y públicos que caracterizaban una sociedad más simple que ya quedó atrás. Las organizaciones sociales son débiles, y la regla de cualquier protesta, incluso de cualquier manifestación, es la aparición de bandas de jóvenes violentos que manifiestan su rabia contra la sociedad. La demanda actual ya no es la del comienzo del proceso democrático, cuando se exigía acceso al consumo, a la educación y la salud. Hoy la preocupación es otra: es el acceso igualitario a los servicios y a la economía. Es el tema de la equidad. Y esto implica una demanda de calidad. En la educación la exigen los llamados «pingüinos,» alumnos de secundaria que se toman las calles. Y en la salud, la demandan los pacientes que denuncian a los medios de comunicación la calidad de los hospitales públicos. Quieren más inversión pública y ante los servicios rechazan la vieja consigna mercantil de «la libertad de elegir». Con todo, la gente parece más escéptica respecto de la capacidad del gobierno de resolver sus problemas y confía menos aún en la política.

Aquí el tema de la igualdad revela que asume dimensiones más amplias que las políticas de equidad. Esta involucra la necesidad de una sociedad donde los privilegios se reduzcan radicalmente y donde exista la posibilidad de perspectivas de futuro que incluyan la valoración de las personas y los grupos sociales como actores equivalentes en la constitución de la vida en común.

Algunos análisis afirman que la participación electoral juvenil ha disminuido, otros que siempre ha sido baja, pero en todo caso se registra una indiferencia notoria hacia la política entre los jóvenes. Si es verdad que «la participación dice relación con la manera cómo las elecciones son capaces de influir en la vida futura de la gente y de las opciones que el electorado tiene frente a sí»², un sistema electoral como el chileno bloquea la capacidad de incidir decisivamente en la orientación de la política. Originado durante la dictadura, y destinado a darle a la minoría la posibilidad de elegir los mismos parlamentarios que la mayoría con solo el 30% de los votos, el denominado sistema binominal, —de dos electos por circunscripción— no es solo inequitativo porque excluye a los partidos menores, tales como los de la izquierda comunista, sino inicuo, porque induce a una competencia entre aliados y no entre adversarios. Su desarrollo hace previsible los resultados en la mayoría de las elecciones y acaba por generar una casta parlamentaria que goza de grandes ventajas para defenderse de cualquier desafío intra o extra partidario, ya que su permanencia en el cargo resulta útil a la unidad de la coalición.

No es de extrañar así que los jóvenes rechacen a los partidos políticos y participen

de manera muy escasa en el proceso electoral, y que las dos coaliciones políticas, la Concertación y la Alianza, que son quienes representan la mayoría del electorado, disminuyan crecientemente su prestigio. En una encuesta del 2007, un 62% de la población declara no sentirse representada por ningún partido político³. «Los políticos se venden como cualquier producto, y la gente se relaciona con ellos exigiéndoles resultados»⁴, dice recientemente un sociólogo chileno. Los candidatos en la actual elección municipal evitan mencionar su partido en su propaganda: la idea es aparecer lo menos «político» posible. Y el elector tiende a buscar al individuo que le significa más, independientemente de cualquier consideración de historia personal o ideología. Tampoco es de extrañar entonces que la militancia partidaria sea cada vez más reducida en número y los militantes sean cada día de mayor edad, mientras que al otro extremo —Chile sea el país con mayor número de «fotologs» por habitante en el mundo— un sistema de transmisión de fotografías por Internet— en que los jóvenes entre 12 y 17 tienen más del 60% del consumo. Para muchos jóvenes la participación en la vida social parece ser un fenómeno individual, doméstico y tecnológico. Chile se ha transformado en el principal consumidor de tecnología digital en América Latina, incluidos los teléfonos celulares, la televisión por cable y la banda ancha de Internet⁵. Es la epifanía del país al individualismo. El país cuenta con jóvenes innovadores, inventores y empresarios, pero, en su mayoría carentes de vocación pública, menos aún de iniciativa política o colectiva. En el país del Internet, por ahora al menos, la política es pre Internet: los intentos de conta-

giarla digitalmente no han sido exitosos. La política suena a cosa antigua y bastante desprestigiada. Por eso sus profesionales, los parlamentarios y los que se denominan políticos, figuran entre las profesiones con menor prestigio social.

3. HACER POLÍTICA DE IZQUIERDA EN ESTA ÉPOCA

La izquierda de la Concertación no se demoró demasiado en percatarse de la profundidad de los cambios económicos efectuados por la dictadura y en modificar en consecuencia los términos de su discurso. Solo un año antes de la asunción de Aylwin al gobierno, en 1989, y bajo el título «Democratización de la vida material», Ricardo Lagos redactaba el último saludo de la Concertación a una perspectiva política de la economía: «Nuestro enfoque de la economía es socialista. Pensamos que la producción y la distribución de bienes en Chile también deben ser democráticas. Esto es, que la comunidad debe participar en la organización de la producción y en la decisión sobre la asignación del excedente económico. ¿Qué se produce, cuanto se invierte, y en qué? ¿Cuánto se ahorra y cómo? Son preguntas que afectan a todos los chilenos y todos deben darlas»⁶. Un año más tarde, sin embargo, ya ubicados en cargos de gobierno, los actores del progresismo reconocían claramente los límites que imponía el liberalismo real. El Ministro de Economía, el actual senador socialista Carlos Ominami debía defender la tesis de que ninguna privatización del período militar debía ser revisada, (incluidas aquellas con mayor aroma fraudulento), ya que hacerlo, arriesgaría la confianza que los inversores extranjeros debían mante-

ner en la estabilidad económica del país. Por su parte, Alejandro Foxley, Ministro de Hacienda, quien había encabezado otrora las críticas contra el modelo neoliberal de Chicago, conducía con energía los esfuerzos destinados a asociar la economía exportadora de Chile a la economía norteamericana, con el propósito explícito de «amarrar» al país a una economía de mercado, abierta y competitiva, impidiendo «una vuelta atrás». Era el reconocimiento a una época ideológica particular, en la que si bien cabía corregir los efectos del mercado, se debían guardar indefinidamente en el baúl de la memoria las ideas de una «economía política nacional».

Durante los años que siguieron y en la práctica hasta hoy, la economía de la Concertación estuvo gobernada por el principio que el mercado y no el gobierno seleccionaba a los ganadores (y a los perdedores: «we do not pick up the winners» decían los Ministros de Hacienda) mientras el Estado imponía las reglas de funcionamiento y desarrollaba las políticas públicas destinadas a corregir los efectos sociales que el funcionamiento del mercado llevaba consigo. Esto último no era poco sin duda, ya que junto a la confirmación de una economía privatizada y abierta a la globalización, la Concertación pudo introducir un nivel de tributación, un conjunto de regulaciones, una proporción de gasto público y una suma de políticas sociales, que terminarían por cambiar la naturaleza misma del modelo neoliberal heredado de la dictadura. Pero estaba lejos, al mismo tiempo, de una estructura de decisión económica democratizada como aquella que proponía Lagos en 1989, a esa política que evocaba un plan de desarrollo, un acuerdo

nacional pactado por los actores del proceso productivo.

Mientras la necesidad de acomodarse a una nueva economía fue rápidamente asumida por los dirigentes y los economistas de la Concertación, la capacidad de comprensión de los cambios sociales y culturales experimentados por el país durante la dictadura fue mucho más escasa. En realidad tomó mucho tiempo a los sectores socialistas percatarse del grado de retroceso social y cultural inducido por el pinochetismo en la sociedad chilena. Tampoco comprendieron bien como la pretensión ideológica del «fin de la historia», —la idea de la desaparición de cualquier alternativa al capitalismo reinante que siguió al fin del muro de Berlín— marcaba a nivel global un retroceso en las lógicas de organización colectivas, y que este proceso reforzaba la desintegración del tejido social chileno. Los partidos y en general los sectores progresistas chilenos continuaron haciendo lo mismo que habían hecho siempre. Sus principios de organización y de acción asumieron como un factor inamovible que la sociedad chilena adjudicaba valor a la acción colectiva, y sus proyectos políticos dieron por existente un clima cultural que autorizaba demandas de disciplina colectiva⁷. Este es un tema capital: en términos de movimiento político la Concertación no supo ver el cambio de época marcado por el deterioro de los proyectos colectivos y procesos profundos de individualización.

Una razón para este retraso fue la centralidad que tuvo durante todo el primer período de la Concertación la cuestión de los Derechos Humanos. El tema de la justicia y el

castigo al régimen militar fue el eje ordenador de la identidad política de la izquierda emparentando a quienes se hallaban dentro y fuera de la Concertación. Continuar derrotando a Pinochet —en términos de la denuncia y el castigo a su brutalidad— se constituyó en una tarea que había que desarrollar al margen de cualquier otra política gubernamental. Y si la otra tarea política era mantener las mayorías que daban base a los triunfos electorales de la Concertación, uno comprende que aquella evolución de la sociedad que ocurrió «fuera del gobierno», y como resultado de la modernidad, no solamente escapó a la comprensión de los partidos políticos de la Concertación, sino que también a sus posibilidades de tiempo. En realidad los partidos de la Concertación trataron la adhesión a los gobiernos como si fuera un principio de voluntad colectiva. Enfrentados a una sociedad que no era plural sino desarticulada⁸, no vieron necesidad de construir nuevas formas de articulación social a través de discursos propios, sino que cultivaron la adhesión a gobiernos cuyo significado transformador se fue despolitizando a medida que se debilitaba la significación de la lucha contra Pinochet. La desideologización de la política impulsó después una lectura afectiva de los lideratos que aumentó aún más la pérdida de relevancia de los partidos. La promoción de los lideratos «paterno» y «materno» de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet respectivamente, expresados el primero en una visión de radical transformación en la infraestructura, y el segundo en el cuidado de la seguridad social de los niños y los ancianos, reemplazaron para los partidos la capacidad de elaborar una visión política coherente de la sociedad.

Como resultado, el mundo socialista se debate entre el asombro satisfecho al que lo induce la contemplación de las cifras que prueban su éxito, y el gusto amargo que produce una forma de sociedad que promueve el individualismo y rechaza no solo lo colectivo, sino también lo público. Allí radica esencialmente la comprensión de los caminos actuales de la izquierda chilena y de los desafíos que deberá enfrentar en el período próximo.

En este marco, existe una dimensión que ha sido particularmente postergada en el período transcurrido desde el retorno a la democracia. Ella es la de la cultura política. Esta es el espacio en que se elabora la subjetividad pública e individual, en la que se produce una apropiación de las metas y medios políticos. El tema no es por cierto fácil. En el caso de la izquierda alude a la función que desempeña en su existencia el pensamiento crítico. Tanto de la realidad de la vida social como de las orientaciones de futuro. Esta mirada crítica ha estado desvalorizada y, muchas veces, caricaturizada como expresión nostálgica de una «vieja izquierda». Obviamente a esta desvalorización colaboró la situación defensiva en que se instaló el pensamiento socialista después del derrumbe del «socialismo real». Asimismo a la pretensión que el capitalismo triunfante era el único espacio dentro del cual debía inscribirse la reflexión pública. El análisis y crítica del «capitalismo real» quedó reducida a pequeños grupos intelectuales. Este alcanzó, bajo su expresión financiera, formas paroxísticas en los casi veinte años transcurridos desde la caída del Muro de Berlín. Hoy el mundo asiste a la debacle de esta formulación.

Quizás sea la hora de volver a poner en el centro de la reflexión socialista «la mirada crítica». Ello significa volver a la politización de la dimensión cultural y, paradójicamente, de la política. Reasumir el pasado como tradiciones y raíces, el presente como desafío cotidiano de transformación y el futuro como apuesta afianzada en valores y virtudes. En definitiva de re-desplegar el tiempo y la historia, superando la imagen plana de una sociedad sin grandes alternativas que centra su actividad política en la administración. El tema adquiere una particular pertinencia en el marco de la crisis financiera mundial, ya que esta última bien puede determinar el agotamiento del culto al mercado y el surgimiento de conceptos de organización de la economía y la política dotadas de otras lógicas de relacionamiento y por lo tanto de subordinación. En la intensidad del último mes, la idea de una economía que, sin torcer su vo-

luntad de integración global, se mira a si misma como «nacional», y es por lo tanto capaz de utilizar «acuerdos nacionales» para decidir aquellas orientaciones y prioridades en su desarrollo que le permiten a la vez crecer, innovar y mantener su cohesión social, vuelve a estar en el debate como una opción preferencial de los sectores progresistas.

Tras haber cambiado el país, la Concertación y la izquierda concertacionista bien pueden enfrentar el nuevo país que han contribuido a formar, aproximándose a los principios que Ricardo Lagos proclamara como objetivos económicos en 1997: una economía en que las decisiones son democráticas y por lo tanto políticas; una economía en la que la comunidad participa «en la organización de la producción y en la decisión sobre la asignación del excedente económico».

NOTAS

1. En todo caso, cabe recordar que en las elecciones presidenciales de 1993, cuando Eduardo Frei Ruiz-Tagle fue elegido con casi el 58% de los votos, las candidaturas de izquierda fuera del sistema y críticos del mismo (Manfred Max Neef y el cura Pizarro) obtuvieron mas del 10% de la votación
2. Ver Marta Lagos, «La Participación electoral en Chile 1952-2008. En Huneus, Carlos, Berríos, Fabiola & Gamboa, Ricardo (eds.) Las elecciones chilenas de 2005. Partidos, coaliciones y votantes en transición (Santiago: Catalonia, 2007).
3. Encuesta ICSO-UDP. 2007. Santiago.
4. Véase Eugenio Tironi. Entrevista. Revista del Sábado, el Mercurio, 13 de Septiembre 2008
5. «In tangle of young lips a sex rebellion in Chile» The New York Times, September, 12, 2008
6. «Democratización de la vida material» Ricardo Lagos. Revista Nueva Sociedad. Mayo-Junio de 1989. No. 101 pp. 114-124. Debe considerarse que estas ideas se expusieron un año antes que Ricardo Lagos fuera nombrado Ministro de Educación por el Presidente Patricio Aylwin.
7. Agradezco a Juan Enrique Vega por sus ideas sobre esta materia.
8. La distinción pertenece a Juan Enrique Vega.